



Carta al lector

*Lo habitual en otras publicaciones es que los lectores se dirijan al director o a la redacción para exponer opiniones, puntos de acuerdo o desacuerdo con lo publicado, criticar o aplaudir actitudes y decisiones tomadas desde la revista. Sí, eso es lo habitual, pero parece como si ello no tuviera que ver con los lectores de **Apuntes**, como si ello no tuviese que ver demasiado con los psicólogos ni con su organización profesional.*

Se ha realizado un esfuerzo humano y económico por crear un instrumento al servicio, para el uso, y con el fin de la comunicación entre casi novecientos compañeros (según acredita la evolución de la colegiación, porque lo cierto es que –desgraciadamente– la inmensa mayoría no se ha dado a conocer más que por la foto de la ficha que –al colegiarse– rellenaron).

*Los que hacemos **Apuntes** sabemos sus limitaciones y tratamos de optimizar la relación entre medios disponibles y resultados. En tal sentido la consideramos una revista suficientemente digna, aunque hay cosas en ella –algunas no achacables ni a la redacción ni al Colegio– que no nos gustan. ¿Pero le gusta a los lectores? Es más: ¿Tiene lectores?. No lo sabemos, porque el canal de información –mal que nos pese– parece tener un único sentido: de la redacción hacia los posibles lectores, prácticamente nunca al revés.*

Desde esta carta–editorial queremos hacer explícito un malestar que ronda por el consejo de redacción. No nos convence, sobre otras cosas, que sean muy mayoritariamente los compañeros de la Facultad los que escriban en la revista, o mejor dicho, que casi nadie desde fuera de la Universidad remita trabajos. La razón es bien sencilla: la revista es del Colegio, no de la Universidad. Desde luego, el actual consejo de redacción no va a rechazar ningún artículo o colaboración que llegue desde los psicólogos que se dedican a la docencia y la investigación siempre que sus trabajos –a juicio del consejo– tengan el mínimo de calidad que exigimos en todo escrito que se reciba, y ello –evidentemente– por el bien de la propia publicación y su futuro.

*Una cosa debe quedar –si no lo está– suficientemente clara: La revista, como órgano de expresión del Colegio, es de todos los colegiados por igual y, evidentemente, no porque cada dos meses (más o menos) todos la reciban, sino porque todos somos “accionistas” y sus costos se extraen de las cuotas que pagamos. En tal sentido, **Apuntes** debe tener la línea editorial que nuestro colectivo, y cada miembro de él, quiera darle, que con el fin de comunicación entre personas que eligieron una misma profesión –tal como dijimos– se creó. Pero también hay algo más que debe quedar claro: desde estas páginas, en actos y cursos del Colegio y en multitud de ocasiones concretas a, también, concretos compañeros, los miembros del consejo de redacción nos hemos cansado de pedir colaboraciones que, prometidas, no llegaron nunca; como igualmente ha caído hasta ahora en el vacío la mayor parte de las veces el alentar a publicar experiencias, proyectos, opiniones y reflexiones, reportajes sobre encuentros científicos y profesionales o comentarios críticos de libros.*

*Y hemos empezado esta carta–editorial hablando de la revista porque ella es mucho más palpable que “el Colegio”; porque –literalmente– ella es el Colegio en las manos y a la vista de cada uno de sus miembros. Pero el relativo aislamiento de **Apuntes** es reflejo de algo. El aislamiento, traducido en la casi nula relación entre redacción y lectores y en la precaria participación de éstos en la publicación (incluso para utilizar la sección de “pequeños anuncios”, mientras resulta que se clavan notas ofreciendo o pidiendo algo en los tablones de la sede), refleja cuál es el estado general de nuestra Delegación, cuál la situación que –como organización– presenta el Colegio en, al menos, Andalucía Occidental.*

Brevemente: Juntas Generales que –como la última y reciente– cuenta con la asistencia de veintitantos compañeros (incluidos miembros de las Juntas Rectoras saliente y de antigüedad). Comisiones (llamémoslas así) que terminan languideciendo hasta morir o que se mantienen más de una vez por la dedicación de una sola persona que, a golpes de horas, imaginación y voluntad, saca adelante proyectos y realizaciones para muchos. Premios de investigación dignamente dotados a los que apenas se concurre. Petición de enmiendas a un código deontológico (que nos afectará a todos y todos deberemos respetar y cumplir) solamente atendida por dos o tres compañeros...

Triste y difícil panorama para un colectivo joven que apenas ha empezado a andar. Triste y difícil panorama para

una organización formalmente democrática. ¿Triste y difícil profesión?. Traduciendo una conocida canción de Lluís Llach, algunos –desde Apuntes al menos– también podríamos decir:

“No era esto, compañeros, no era esto
por lo que vimos morir tantas flores,
por lo que vimos llorar tantos anhelos.
Es preciso ser valientes otra vez
y decir no, amigos míos, no era esto”.

En el anterior número de Apuntes, quien firma esta carta, tratando de mirar desde lejos al Colegio y como institución, en lo posible mirándola desde fuera, preguntaba **quo vadis, COP?** Ahora hay unas reflexiones –ya implícitas en el artículo referido– que se desean hacer públicas, que moralmente no pueden silenciarse.

¿Qué ocurre para que científicos de la conducta, científicos de la interacción, científicos de las relaciones y de la evolución humanas no actúen conjuntamente teniendo una organización en la que podrían hacerlo? ¿Qué ocurre para que no se relacionen, no desarrollen un proyecto que podría ser –al tiempo– común e individualizado?

Ninguno aquí somos tontos: Todos sabemos que las condiciones del mercado de trabajo no son –ni mucho menos– buenas, que ante una competencia cada vez mayor no se ve favorecido –aparentemente– el trabajo en equipo, que el “sálvese quien pueda” está a la orden del día y que la solidaridad –salvo excepciones– llega a ser una palabra manoseada por el abuso y, a la par, insultada por su falta de ejercicio. Reflejamos el momento económico y social de nuestro país, sin duda; reflejamos las contingencias que rigen en nuestra sociedad.

Pero planteamos entre nosotros la vieja pregunta de si hemos probado suficientemente la colaboración y la ayuda mutua no dejaría de ser útil. Al menos a nivel del COP habría que decir que no; que están infrutilizadas las posibilidades que la pertenencia al Colegio otorga, que a través de él no se ha podido experimentar ni la sorpresa del éxito compartido ni la alegría del enriquecimiento mutuo; que tampoco –probablemente– se haya tenido ni la sensación de no estar solos ni la de que nuestras propias fuerzas –combinadas con las de otros– se multiplican.

¿Porqué todo esto? ¿Simplemente la clásica suspicacia hispana hacia la bondad y claridad de las instituciones? ¿Simplemente el largo desprestigio de multitud de organizaciones oscuras en sus objetivos y formas? ¿Simplemente que no está arraigado entre nosotros el ejercicio cotidiano de la democracia? Por el contrario: ¿Tal vez la también tradicional costumbre de no acordarnos de Santa Bárbara nada más que cuando truena y si las cosas ruedan mínimamente bien –o no del todo mal– no abrir la boca? ¿Van por ahí las cosas o es que hemos tenido (hemos sido, en el caso de quien escribe) una Junta Rectora sobreprotectora y/o castrante? ¿No se han dejado crecer iniciativas? ¿Se han cortado alas, se ha atado corto?... Y si ha sido así: ¿Cómo casi novecientos profesionales –seres responsables, maduros, libres– se dejan llevar como niños por la Junta Rectora de turno?

¿Existe el Colegio o sólo existen psicólogos que pagan una cuota como pagaron antes unos derechos por el título de licenciado? ¿Existe el Colegio en cuanto organismo vivo socialmente, o con “personalidad jurídica” y todo estará muerto? ¿Es que para la inmensa mayoría sólo se trata de un requisito formal más para ejercer –si hay voluntad y suerte– la profesión?

Quo vadis? ¿Adónde vamos? Desde Apuntes quisiéramos equivocarnos, pero por el camino actual nos acercamos peligrosamente hacia un colegio corporativista, donde sólo los intereses más miopes y cicateros unen mínimamente. De seguir así se irá gestando una cúpula dirigente semiprofesionalizada que vivirá del Colegio y que –al tiempo– cada vez se dedicará menos a él. Si no hacemos un esfuerzo por cambiar el rumbo, cada colegiado –inscrito sólo por obligación legal– terminará no siendo nada más que un número del que interesará solamente si está o no al corriente del pago de cuotas... El peligro, en definitiva, estriba en que si no hay más participación y control por parte de todos de las actividades y posiciones generadas y adoptadas por el Colegio –léase, desgraciadamente, por la Junta Rectora– más temprano que tarde tendremos una institución fuertemente jerarquizada, burocratizada, esclerótica y reaccionaria. Si entonces se desea cambiar será difícil y, en todo caso, con grandes costos. ¿Queremos eso?

Puede pensarse que estamos exagerando, pero no nos hemos inventado nada: Otros colegios profesionales más antiguos que el nuestro hace tiempo que desarrollaron el modelo y “funcionan” así en la actualidad. Aún en Apuntes creemos que ni la sociología ni la idiosincrasia de nuestra profesión se ajustan a tal estilo y, por ello, queremos creer que cada lector de esta carta (o muchos, o al menos unas cuantas docenas) decidirá que conviene intervenir y participar en una organización que ofrece cauces para ello y cuyo funcionamiento influirá –se desee o no– en el quehacer profesional de todos mientras trabajemos o busquemos empleo como psicólogos.

En Apuntes tenemos fe (la razón y la experiencia, sinceramente, nos llevarían al pesimismo) en que podremos en el futuro usar con orgullo el “nosotros, los psicólogos...” relacionándolo con el Colegio. Que el Colegio todavía podrá servirnos como elemento integrador, como grupo de referencia, como organización socialmente solidaria, reflejo de un colectivo activo y con legítimo afán de protagonismo en la comunidad en que vive y, precisamente, como mejor forma de servicio a la misma. Si queremos, si participamos, lo conseguiremos. Si no, terminaremos teniendo que soportar el peso de una nueva institución inútil, paralizante, corta y estrecha de miras..., y esta vez no tendremos derecho a quejarnos: nuestra comodidad inmediata, nuestra pasividad o nuestra indiferencia la habrán creado y, por omisión, querido así.

La sociedad española aprendió en años recientes que la democracia no funciona sólo con leyes, estatutos y reglamentos que permitan y apoyen la participación, sino que –sobre todo– precisa de demócratas que la ejerciten para no desfallecer o morir. Al nivel del Colegio sabemos que éste es formalmente democrático, ¿pero lleva camino de serlo realmente? De cada uno de nosotros depende, y esa es –ni más ni menos– la cuestión.

Francisco Fernández Serra